

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XX



C. S. I. C.
1983
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XX



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1983

S U M A R I O

Páginas

ARQUITECTURA Y ARTE RELIGIOSOS

El Convento de Nuestra Señora de Portacaeli y San Felipe Neri de Clérigos Menores de Madrid, por <i>Virginia Tovar Martín</i>	9
El Jesús de Medinaceli y la desamortización, por <i>Antonio Matilla Tascón</i>	27
El Oratorio del Olivar. Madrid, por <i>Gloria Salterain Díez</i>	31
El misterioso robo de la Custodia de la Villa de Madrid, por <i>José del Corral</i>	35
Noticias sobre una obra de José Antolínez: «El éxtasis de San Felipe Neri», en el Convento de las Comendadoras de Alarcón, de Madrid, por <i>Fernando de Olaguer-Feliú y Alonso</i>	57

ARQUITECTURA CIVIL Y URBANISMO

Las sociedades constructoras benéficas, una respuesta paternalista al problema de la vivienda obrera. Su incidencia en la configuración de la periferia madrileña (1875-1921), por <i>Manuel Valenzuela Rubio</i>	63
Casas y alquileres en el antiguo Madrid, por <i>Ceferino Caro López</i>	97
El antiguo Paseo de la Virgen del Puerto: Una obra fundamental en la aportación urbanística del arquitecto Pedro de Ribera, por <i>Matilde Verdú Ruiz</i>	155
La más importante del mundo: Plaza de Toros de la Puerta de Alcalá, 1749-1874, por <i>Francisco López Izquierdo</i>	167
El nombramiento de Alcaldes de Barrio en Madrid en 1768: El temor a la revolución social, por <i>Juan Luis Álvarez Caravera</i>	195
Madrid reflejo de los problemas sanitarios de la Península: La peste de 1596 vista por un galeno de la Corte, por <i>Alfredo Alvar Ezquerro</i>	203

HISTORIA: COSTUMBRISMO

Un día madrileño en tiempos del Emperador, por <i>Fernando Díaz-Plaja</i>	221
Mesonero Romanos: Entre costumbrismo y novela, por <i>Leonardo Romero Tobar</i> ...	243
La herencia de don Ramón de Mesonero Romanos, por <i>Antonio Matilla Tascón</i> ...	261
Don Ramón y su entorno histórico, cultural y costumbrista (1803-1882), por <i>Mariano Sánchez de Palacios</i>	267

	<u>Páginas</u>
LITERATURA: BIOGRAFIAS	
Madrileñistas de cien años, por <i>Juan Sampelayo</i>	277
Retrato de un ilustre madrileño: El doctor Pulido, 1852-1932, por <i>Martina Lemoine</i> ...	283
Teresa López: Un amor juvenil de Rosales, por <i>Enrique Pardo Canalls</i>	293
MUSICA: TEATRO	
Los retablos madrileños de Víctor Espinós, por <i>Juana Espinós Orlando</i>	301
Canciones madrileñas de trabajo (Anotaciones a un Cancionero), por <i>Rafael Mota Murillo</i>	327
EFEMERIDES	
Actividades del Instituto de Estudios Madrileños durante el año 1982, por <i>Francisco Arquero Soria</i>	365

LOS RETABLOS MADRILEÑOS DE VÍCTOR ESPINÓS

POR JUANA ESPINÓS ORLANDO

Hoy día la representación de un auto sacramental es cosa normal y frecuente. No existe ciudad en España que no haya gozado de tan soberano espectáculo, las más de las veces en los pórticos seculares de sus catedrales y abadías; pero en los comienzos del siglo no fue así; una decadencia espiritual y patriótica, hija quizá del romanticismo y de las doctrinas liberales y progresistas arrumbaron aquel género literario orgullo de nuestra dramática.

En estas circunstancias floreció vibrante y españolísimo un estilo dramático original e inédito, destinado a cantar y enaltecer hechos gloriosos y figuras insignes de nuestra historia.

A estas evocaciones dramáticas hechas de historia, de tradición y de leyenda, las llamó su autor Retablos.

Víctor Espinós, escritor, musicólogo, crítico, académico de Bellas Artes de San Fernando, fue además un poeta y sintió en su alma ese desdibujarse y empequeñecerse de nuestras gloriosas tradiciones y, como el escultor que esculpe en el mármol las imágenes soñadas por su espíritu, fue erigiendo *retablos* que como los de las catedrales y colegiatas de España representaron un misterio, una vida, una hazaña imperecederos...

Si los autos sacramentales de Calderón hablaron a un pueblo en cuya mesa tenía asiento la Teología, los retablos de Víctor Espinós eran para la sociedad de principios del siglo xx candel de historia viva, jugosa y fecunda para despertar amor y orgullo por una patria inmortal.

Son muchos los títulos de sus retablos. De ellos pertenecen específicamente al género de los Autos Sacramentales, *Antaño o un corpus viejo en Madrid* estrenado en Madrid en 1920 y *El molino del misterio* en San Sebastián en 1939. Los demás son verdaderos retablos en los cuales aparecen representados

figuras, hechos o mitos inmortales, a la manera según la definición concreta del diccionario de la Real Academia de «Colección de figuras pintadas o de talla que representan la serie de una historia o suceso».

A esta denominación corresponden: *La lección del Príncipe*, evocación del reinado de los Reyes Católicos y de su malogrado hijo el Príncipe Don Juan discípulo del sabio dominico Fray Diego de Deza; *¡Salve!* 1923, íntima y fervorosa evocación de la Valencia mariana del siglo XVI.

Morir de amar, Madrid 1935, perfume suave de la tierna flor trinitaria muerta en olor de santidad, Sor María del Niño Jesús, Marichu de Izpizúa.

Fray Luis, Madrid 1947, exaltación del gran lírico del habla castellana, encarcelado por la inquisición.

El marqués y el Bachiller, Alcalá de Henares, 1921, dialogo transcendental entre el Marqués de Lombay, cazador por tierras de Castilla e Iñigo de Loyola.

«*Decíamos ayer*» resplandor de la Universidad de Alcalá en la fecha memorable en que un rey extranjero prisionero del monarca español, llega después de la batalla de Pavia.

El Cielo y Madrid se casan, quizá uno de los más afortunados, escrito a honor y gloria de los santos patrones de la Villa. Madrid, 1921.

La ofrenda de España Dic. 1925, Madrid, estampa histórica de la vida de Santa Magdalena Sofía Barat, fundadora del Instituto del Sagrado Corazón.

¡Martires! San Sebastián 1937, epopeya dramático-religiosa.

Nacimiento. San Sebastián 1938, Retablo de Navidad el último que surgió de su pluma. La navidad española en los años dramáticos de la guerra civil en tres actos cada uno de los cuales tienen música de un compositor diferente; Cotarelo, Moreno Torroba y Guridi.

El aprendiz Maestro, Burgos 1938, estampa de Jesús Niño, perdido en el Templo, en tres actos.

El Pilar y el Bordón, Madrid 1946; retablillo del Apóstol Santiago.

Madre a la puerta hay un niño, Madrid 1942, glosa escénica de un viejo villancico popular.

El retablo de los remedios, Madrid 1930, escrito con motivo del primer centenario de la inauguración de la Facultad de Farmacia, construida por los farmacéuticos españoles; homenaje escénico de historia y fantasía en dos jornadas, con música de Conrado del Campo.

Y *Del gran siglo*, episodios históricos del reinado de Felipe II. El Escorial 1928.

Estos son en conjunto los retablos de Víctor Espinós de los cuales he entresacado aquellos específicamente madrileños, por los hechos y por el lugar de la acción.

Dos características de aquéllos son: la participación de la música y la combinación de la prosa y el verso; el romance y los de arte mayor, son los más empleados aunque, para coplas y escenas populares, utiliza algunas veces los de arte menor. Sin embargo, podríamos decir que su forma predilecta de expresión son los endecasílabos y que rara vez emplea el verso libre y sin rima.

Sus intérpretes fueron siempre ilustres aficionados, que, con verdadero entusiasmo y en muchos casos con excepcional dignidad artística, dieron vida a sus personajes.

Como nuestro elogio podría parecer, y es muy difícil que no lo sea, terrible y cordialmente parcial, hemos escogido varios juicios emitidos sobre los retablos, por distintas personalidades todas ellas ilustres y menos próximas a la del autor que la de quien escribe.

Un cardenal de la Iglesia romana, entonces Arzobispo de Lepanto, Mr. Tedeschini: «Conozco algunos de los retablos históricos brotados de la clásica e inspirada pluma de Víctor Espinós y por ello deseo vivamente que sus compatriotas de España y América, puedan apreciar el mérito relevante, el valor ético, religioso, patriótico y literario de este nuevo género de producciones a cuyo conjuro y evocación resurgen pletóricas de vida, las viejas glorias hispanas, que caldean el espíritu con las notas de alta significación, vibrante sentimiento, y noble caballerosidad que solamente sabe emitir el alma española».

Francisco Rodríguez Marín, el insigne polígrafo, se expresaba así «Víctor Espinós muy español y muy hispanófilo, cualidades que por desdicha suelen estar divorciadas y narrador ilustre que sabe siempre lo que dice y como lo dice, tiene el propósito de dar a conocer públicamente sus bellos e impresionantes retablos».

«Los retablos de Víctor Espinós —dijo nuestro querido compañero de instituto D. Luis Araujo Costa entonces crítico teatral de A.B.C.— conmemorativos de acontecimientos gloriosos en la historia de España, le muestran tal como es, católico, amante de las bellas tradiciones, sabio en las letras, ingenio sutil, ameno, discreto, fulgurante en las irisaciones de valenciana luz...».

El primero de sus retablos esencialmente eucarísticos se estrenó en el Teatro Real de Madrid el 31 de mayo de 1920, con motivo del gran Congreso Eucarístico para cuya celebración fue escrito. Dedicado al entonces Excmo.

Sr. Obispo de Madrid-Alcalá, D. Prudencio Melo y Alcalde, de inolvidable memoria, llevó por título **ANTAÑO O UN CORPUS VIEJO EN MADRID**.

La obra, dividida en tres jornadas y escrita en prosa y en verso, tiene por escenario la Plaza Mayor de la villa en el Corpus de 1570.

En el retablo se incluye la representación de las Bodas de España, farsa sacramental anónima del siglo XVI adaptada por el autor del retablo.

Al alzarse el telón, aparece la plaza en fiesta colgada de damascos y reposteros. A la izquierda se alza el carro de la farsa donde habrá de representarse el auto sacramental, y a la derecha, el estrado regio con los asientos destinados a Felipe II y a su hija la Princesa Isabel Clara Eugenia. Al fondo y en lugar elevado, el pórtico de un templo.

Animada escena popular; vendedoras y estudiantes, caballeros, damas, tahures y truhanes, niños que juegan, un ciego que canta, acompañándose de un laúd.

El ver a Cristo en la Hostia
del Sacramento de amor
vese con ojos del alma
por eso lo veo yo.
Que más ciego que este ciego
será, si es buena la fe,
y la fe que no ve nada,
en la hostia todo lo ve.

El lazarrillo pide limosna para el ciego mientras anuncia: «¡Oigan, oigan la copla nueva de Valderrábano que es muy gustosa y de buen oír!».

Un soldado protesta por la tonada «de tanto estiramiento y divina unción» y le pregunta al ciego: ¿No sabéis más, ciego de los diablos?

«—Sabe, sabe, escuchad...

Vi en pelea a los demonios
con un mozo fanfarrón
la tizona se hizo añicos
a los golpes del tizón...».

Ante la algazara general del corro, el soldado iracundo exclama:

«—Si no mirara vuestra ceguera, ¡voto a bríos...!».

Y el lazarrillo, ingenioso, vivo y tunante le replica:

«—Mirad... mirad... ya veis que el no puede...».

En la escena de los truhanes refleja el autor el amor al Sacramento sentido intensamente por el pueblo, entonces teólogo y culto.

Un silbido los reúne en un rincón de la plaza:

«—Bien vengas, amigo mío y de lo mío, que es lo ajeno ¿qué cosas afa-
naste hoy?

—Hay este cintillo de aljofares; este relicario de plata, aquesta bolsa de peso liviano que la lucía un mozo muy al descaro, como diciendo: "De las Indias vengo", y dos pañizuelos.

—Trasciende a ambar de Portugal y aqueste a ajo.

—Acá no se repara en faltriqueras. Todas son buenas si están henchidas y a la mano.

—Bien está pardíos. La jornada es bastante y si este oficio nuestro no lo tuvieran cuatro errados por deshonroso, yo te diría: Hijo te honra esta jornada.

—Pues no he acabado.

—¿No? daca daca.

—Tomad.

—¿Una espada?

—Y que salen de ella tres cuchillos como tres rosas, Válame Dios y que comparanzas le salen a uno a lo mejor. Pero ya me entendéis.

—Entiendo, entiendo, pero ¿a quién?

—A un corchete nostramo.

—¿Estaba dormido?

—Medio alguacil no más.

—En eso vese tu mocedad. A la gente de justicia, nunca, ¿lo oyes? ¡nunca...!

—Son amigos... Y toma tu alicuota.

—¿Y esto es alicuota?

—Es tu parte y a seguir que el sol no para.

—Eso no, nostramo. Con la custodia en la calle, robe otro que no el hijo de mi madre. Es lo que se tomó con la papilla... Excusad; es lo que se tomó con la papilla».

Los estudiantes se acercan a las mozas que pregonan buscando fiesta y en sus diálogos chispea el donaire y el garbo de las mujeres madrileñas:

«VENDEDORA.—¿No serán para Aldonza todos vuestros caudales?

ESTUDIANTE.—Hasta la última blanca nuestra se ha llevado.

ESTUDIANTE II.—Es verdad como el teólogo lo dice: ¡sin blanca estamos y calle!: ¿No os han visto mis ojos antes de agora?

—¿Por qué no?

—No hagáis del malicioso, que esta moza es muy mirada.

—Y muy para mirar...

VENDEDORA.—Catá, que orear este capachuelo por las plazas y los azoguejos, enseña más que todos los doctores de Alcalá...

—¿Y eso a qué viene?

—A que sepáis y entendáis la premática nueva...

—¿Qué manda, pelinegra?

—Que el que se encontrare cinco dedos en cualquiera de esos dos rostros de truchuela, me los devuelva, que son dados de golpe y prestados no más.

—Mal genio usáis para vender...

—Y vos hartó bueno para no comprar... —Sus, ¡Roscas de yema...! ».

Un grupo de caballeros habla y pasea comentando los acontecimientos del día.

El monarca viudo dos años atrás de su amada esposa Isabel va a contraer nuevas nupcias con Doña Ana de Austria.

El Santo Padre exhorta a los monarcas cristianos para que acudan a castigar las audacias de Selím el turco.

—¿Quién será el capitán? —pregunta un caballero.

—Don Juan de Austria.

—¿No sentirá el desaire el noble Villafranca, que tan poco ha, socorrió a los malteses contra piratas y corsarios?

—Tales partes reúne Don Juan que no es hacedera empresa acercársele ni aún con la envidia. Hombre es capaz de brillar a par de un Felipe II.

—Y todo está dicho.

—Alta ocasión si llega, será la de ver a toda la cristiandad arremeter contra el común enemigo.

—¿Alta decís? La más alta que pudieran ver los siglos. ¡Así me tenga Dios para asistir a ella! ».

Ambientada la escena con estos diálogos, se oyen de pronto pífanos y atambores. Son el heraldo que precede a la comitiva particular de la Princesa, cuya silla de manos va seguida de las damas, caballeros y guardias de su séquito. En su puesto cada cual, comienza el desfile de la gran procesión del Corpus (la única tradicional y verdaderamente sentida hoy por el pueblo madrileño) compuesta de este modo:

El Mojigón. Grupo de hombres vestidos a la mora, bailando la danza del paloteo, seguidos de gaita y tamboril. Niños con blancas túnicas y coronados de flores. Los gigantones y la gigantilla. Comunidades religiosas. Clerecía. Estandartes y pendones. Cantores. Caballeros de las órdenes militares. Caballeros de los consejos. La Capilla Real. Pajes de su Majestad con hachas. El Arzobispo de Toledo y grandes de España. El Santo Oficio. Embajadores. El

Nuncio de S.S. El Palio y la Custodia; llevan las varas los regidores de la villa. Felipe II con su séquito. Cortesanos. Prelados y guardia de arqueros.

Constituido el estrado regio y el cuadro, da comienzo sobre el carro de la farsa el auto sacramental, «Las Bodas de España».

En la refundición y adaptación del autor, la Fe profetiza la consagración de España al Sagrado Corazón.

Para bien será el velado
y ya el numen imagina
que en algún remoto siglo
de esta unión sacra y bendita
el fruto vendrá a sazón;
pues la voluntad divina
ha de conservar a España,
como ella en virtud persista,
salamandra de la historia
dentro la hoguera metida
que de las flamas envuelta
se defiende y queda viva,
o inmortal como la Fénix
nace en su misma ceniza.

Testigo el tiempo ha de ser;
tal verdad la historia escriba,
que es condición de la Fe
ver lo que no está a la vista.

Un rey España tendrá
(cuando aquesta monarquía
en la noche del horror
será una antorcha encendida)
que con esforzado pecho
y en ara de su fe viva
ofrende la su corona
de oro, plata y pedrería
a los pies del otro Rey
el coronado de espinas
el oprobio de los hombres
que del Calvario en la cima
muerte de cruz acetó
por más baja y más indina
clamando con voz entera
que entero el reino confirma:
¡Tuyos mi cetro y corona,
tuyos mi reino y mi vida
Corazón sacramentado
de Jesús, dulce me mira

Redentor, Rey de los reyes
Señor de los que dominan.
Testigo el tiempo me sea
tal verdad la historia escriba
no os espante mi decir
con color de profecía.
Soy la Fe... Y es condición
por la permisión divina
que un velo puso en los ojos
de la Fe, que así se humilla,
atalayar lo remoto,
ver lo que no está a la vista.

Terminada la farsa con el espiritual maridaje de España y el Amor Divino, Felipe II manda llamar a los cómicos que después de saludar reverentes al Monarca, reciben de sus manos una bolsa con dineros.

En los versos finales del cómico, el autor evoca la España de entonces, las virtudes del Monarca, la grandeza del Sacramento, la lucha contra la heregía y la dignidad de la farsa.

El volteo de las campanas pone silencio a las palabras del comediante. Las puertas del templo se abren y bajo palio aparece el Sacramento de manos del Cardenal. Felipe II y la Princesa dejan el trono y se adelantan entre la multitud que abre calle, hasta llegar a los reclinatorios. Todos caen de rodillas. Cruzan el aire nubes de incienso, abátense las banderas y sobre el eco lejano del Tamtum Ergo, cae el telón lentamente.

Fueron intérpretes de este retablo nombres ilustres de la sociedad madrileña como los de las señoras de Luca de Tena, Bautista, Cervera, García, Zurita, y los de los señores, Soler, Comba, Montenegro, Calvo Sotelo, Fresno, Marcellán, Morán, Pellicer, Marquerie... portador de un perfumado incensario... y cuentan testigos presenciales que la emoción y la autenticidad dramático-religiosa del momento de la bendición fue tan honda, que gran parte del público cayó de rodillas en el teatro, como para honrar ellos también, la presencia, que parecía real, de Cristo en el escenario.

EL MARQUÉS Y EL BACHILLER, es un retablo en un acto en el cual, el poeta, imagina a Ignacio de Loyola, Bachiller de Alcalá con Lope Cáceres, Juan Reinalde, Calixto de Saa e Iñigo de Arteaga.

A Ignacio de Loyola le han prohibido adoctrinar en un período de tres años y aún el uso del sayal.

Discurren por el patio de la universidad que preside la estatua del Cardenal Cisneros —y que fue escenario incomparable el día del estreno de la obra— cuando llega Iñigo.

«—¿Qué os quería el vicario Figueroa?

—Al cabo traéis nueva vestidura...

—No la vestidura exterior, más la interior y del ánimo, quisiera mudarme y mudarla a todo pecador, aunque la mía con más urgencia, que sólo en pecados saco a todos ventaja».

Sigue el diálogo por estos senderos del espíritu, cuando unos momentos después de la llegada del soldado navarro se escuchan lejanos ecos de trompas de caza.

En efecto, los escolares vieron por el camino de Guadalfajara una tropa juvenil de cazadores, bizarra y lucida.

Seguido por los caballeros de su cortejo, entra en el patio el Marqués de Lombay rodeado de monteros, ojeadores, palafreneros y soldados de su escolta. Viste sencillo traje de montar, gorra emplumada, espuelas de oro. Sobre el guantelete que calza su mano diestra, lleva el halcón favorito con un capirote de plumas. Una trailla de galgos completa el cortejo.

Lombay con acento firme ordena:

Registradme este paraje:
cierto estoy de haberla visto,
malherida del nebli
aquí la garza ha caído.
¡Bachilleres de Alcalá!
¿Acaso podeís decimos,
si un ave herida de halcón
darse acá habéis advertido?
y excusad si esto divierte
del estudio vuestro apetito.

Contesta Iñigo de Loyola y se entabla un diálogo vivo y encendido en el que la virtud y el honor, la humildad y la arrogancia, el celo apostólico y la grandeza de espíritu, el amor a Cristo y a España de aquellas dos figuras gloriosas de la historia, brilla con cegadores destellos.

A preguntas curiosas de los Bachilleres, Lombay les cuenta:

...Decía pues que el Monarca
un heredero legítimo
ha recibido de Dios.
Que presto será el bautizo
y ha de llamarse Felipe
como el Rey Hermoso y primo,
de este nombre, que en Dios yazga.

Dice Iñigo:

Sea de Dios en servicio
como España ha menester;
que Inglaterra y Lutero
y Selim y los moriscos
piden acá mano dura
oído avizor, gesto listo,
para reducir por fuerza
al secular enemigo
del Rey, del Papa y de España...
Si esta caña, en una espada
se tornase... ¡oh desatino!
Corazón, ¿sigues sin rienda?
Corazón... ¡cuál te has vendido!

Le corrige Lombay:

No es bien que os acongojéis,
que ese sentir es muy digno
de espíritu como el vuestro...
Para general nacido,
fundaréis una recluta
de mlites aguerridos,
mayor que la de estos cuatro...

Iñigo

Decid más bien de estos cinco
yo soy uno y el peor.
Aquí el capitán es Cristo...

Francisco de Borja, cautivado por la austeridad subyugante de Iñigo de Loyola, le apremia:

—¿Verémonos otra vez?

Iñigo

—Solo Dios por que es Altísimo
del bosque de vida humana
ve cruzarse los caminos.

Termina la evocación con la despedida de Iñigo de Loyola que antes de abandonar la Universidad de Alcalá, canta sus glorias frente a la estatua del Cardenal Cisneros que desde el centro del patio la preside a través de los siglos.

¿Qué miran Cardenal esos tus ojos
que en la piedra tallados
atravesar parecen las edades?
Presente el porvenir a tu mirada
que fue sagaz, y agora sempiterna,
quisiéramos que viéseis de este mínimo
humilde seguidor de Jesucristo,
realizado el soñar que enciende el ánimo
su sangre anima y su vivir empuja.
¿Veis a España bajar sola a la arena
donde Cristo y Belial tienen su duelo?
¿Veis a España tomar sola el partido
de una fe, de un Pastor, de un culto solo?

.....
¿Es quizás que tus ojos son de esfinge
y aciertan descubrir que los monarcas
españoles, siguiendo los caminos
que Fernando e Isabel trazar supieron,
por servicio de España,
tendrán de Dios, el principal servicio?

.....
¡Oh quien pudiera
tener pecho tan grande y encendido,
razón tan luminosa y penetrante,
corazón tan bizarro,
que diera a Dios y a España, al orbe entero,
tal plantel de soldados invencibles...
Quede mi sueño aquí como un exvoto
que por la cristiandad acariciara;
Dios lo suscitará, si así conviene
a los designios de su providencia...
¿venlo así, Cardenal, los vuestros ojos
que, en la piedra tallados,
atravesar parecen las edades...?!

Con éstos y otros exaltados sentimientos del gran soldado de Cristo Ignacio de Loyola, termina este retablo, cuyo estreno, en el patio de la Universidad de Alcalá en el año centenario de la Canonización de aquél —1921—, constituyó uno de los fastos más gloriosos. Como en todos los demás la aristocracia madrileña fue su feliz intérprete.

El tercer retablo madrileño «DEL GRAN SIGLO» tuvo como marco incomparable San Lorenzo de El Escorial.

«El reinado de Felipe II fue uno de los más largos y discutidos de la historia. El reinado de San Quintín y de Lepanto; el reinado de las guerras político-religiosas que imprimieron en él, indeleble carácter histórico.

Es también el reinado de la Inquisición y del siglo de las órdenes religiosas en España, el de Teresa de Jesús y la Reforma del Carmelo, el de los sombríos recuerdos del Príncipe D. Carlos y de Antonio Pérez; el reinado de las grandes previsiones para la paz y la prosperidad nacional que llegaba a detalles administrativos de sensible delicadeza como el de ordenar que en todos los ayuntamientos hubiese un traje de boda «para que las muchachas pobres de casen decentemente vestidas»... más, es también el reinado que anuncia el ocaso de nuestra grandeza...».

Fue escenario el hermoso lugar denominado La Herrería, inmediato a la Casita de Arriba.

La ocasión fue el centenario del natalicio del Rey Don Felipe II. Para esta evocación histórica usa el autor de un nuevo medio; no habrá diálogo. Un trujamán a la manera del famoso del Retablo de Maese Pedro en el Quijote de Cervantes, va describiendo la acción y los movimientos de los personajes.

En el primer episodio, *Teresa de Jesús ante Felipe II*, se desarrollan las siguientes escenas: *El rey vuelve de caza; éxito en la cacería; el bufón y su amo; la embajada mora*.

La voz del trujamán describe la llegada del monarca «a quien place el ejercicio de la caza», seguido de sus caballeros y delante de ellos, «el hombre enviado de Dios que abatirá al turco en Lepanto y esotro de Alba que no hay sino nombrarle para que tiemble Europa... y con ellos el hombre de placer, el bufón, caballero en un asno, con escopeta de caña al hombro, y por último las damas —que Diana envidiaría— rodeando a la gentil Isabel Clara Eugenia que sabe seguir el galope de los bridones sobre la hacanea, regalo de la Eboli; solícita en mandar y solicitadora de madrigales que ella sabe tornar a lo trágico "pues con su fuego aniquila cuanto una vez ha mirado..."».

El rey quiere descansar y cada uno permanece en su puesto mientras se escucha una acordada música de punteo que hace aún más delicioso el reposar.

Llega la embajada mora con las paces firmadas entre España y el sultán de Marruecos Muley Hamet, con brillante y pintoresco cortejo.

Más, súbitamente cambia la expresión de los semblantes; a lo lejos poniendo en el paraje una nota de austero recogimiento, dos monjas avanzan.

Los soldados cruzan sus lanzas impidiéndoles el acceso a aquel claro del bosque; más el mayordomo mayor de S. M., el Duque de Alba sale a recibirlos.

Al mostrarle su semblante, la monja, dóblase la prócer figura: «es Teresa de Ahumada la insigne, la santa mujer, la ínclita doctora cuya sombra junto con la de Felipe II hacen súbito en el ánimo una luz que a toda la raza alumbraba...».

En el segundo episodio, la acción se traslada con la fantasía del poeta a Amberes. Sor Ana de San Bartolomé, aquella en cuyos brazos entregó su alma a Dios, Teresa de Jesús, sale con sus monjas a saludar y bendecir el hierro de las moharras de los guerreros, llegando así al tercer episodio. Es Spínola el que habla por el trujamán; cuéntale a Velázquez, pintor del Rey y de la raza, camino de Italia, donde el caballero de porte marcial lleva un grave empeño del rey, la acción de Breda, los incidentes del asedio, las astucias del sitiado, las vigilijs del sitiador, las peripecias del combate y por fin, el esplendor de la victoria. Acaso pinta aún la disposición y actitud de las figuras principales...

Velázquez entusiasmado por el relato, indica respetuoso su deseo de tomar trasunto de la viril y noble testa que se recorta en el cobalto purísimo del cielo... las figuras comienzan a moverse lenta e inteligentemente y en tanto el narrador describe aquella hazaña sobre el fondo velazqueño del crepúsculo escurialense, queda grabado con palpitación humana y cordial el inaccesible cuadro de *Las Lanzas*. El trujamán poseído de la más honda emoción grita viril y esforzadamente: ¡VIVA LA ESPAÑA GRANDE E INMORTAL!

Fueron intérpretes de este Retablo los distinguidos veraneantes de El Escorial; Echarri, Muro, Isasa, Valdenebro, Ongil, De las Cuevas, Rodríguez de Rivera, Audibert, Mariné, Leiva, Belaez, Lazcano, Castell, Del Amo, Ibor, Franco, San Román, Cendra, Betancourt, Tena, Bilbao, Poggio, Espinosa, etcétera...

Fernando Cabello de la Piedra fue el Trujamán y la señora Valdasano de Fernández Shaw, la lectora de las cartas de la santa de Avila.

Javier Cabello de la Piedra, fue incansable colaborador en la ingente labor de ensayos y contribuyeron a su organización y presentación muy eficazmente, D. Gabriel Palencia, D. Pedro Martínez Garcimartín y D. Joaquín Ezquerro.

Presidiendo la representación estaban con nuestra querida, inolvidable y popular Infanta Isabel, el General Sanjurjo, el prior del Monasterio, el Duque de Bailén, el Conde de Aybar..., figuras todas, evocación ellas mismas del Madrid de principios de siglo.

DECÍAMOS AYER estrenado el 15 de junio de 1921, en el Teatro Real, lleva el subtítulo de *Retablo Universitario*. Está escrito en prosa y en verso dividido en dos jornadas y precedido de una loa. Constituyó el homenaje de los Estudiantes Católicos de España a S. M. el Rey Don Alfonso XIII.

«Es la España de Carlos V, un rey-emperador consagrado en Aquisgrán, la de las expediciones de un Hernán Cortés y de la Noche Triste; la España de las Comunidades y de las guerras con Francia y con el Turco; la España que lucha contra la reforma de Lutero y combate en Flandes y en Argel. Que hace prisionero a Francisco I y después pierde Metz en lucha desigual contra galos, alemanes e italianos, enemigos del Imperio. Es la España de Pavía y de Túnez y es en fin la España de Yuste donde un monarca se retira con ademán prócer y ejemplar a disponer su más grande conquista, la del reino de Dios...».

Este retablo evoca el ambiente estudiantil de la gloriosa Universidad de Alcalá que irradiaba su fama a toda Europa y el gran momento de nuestra historia en que un rey extranjero entra prisionero en nuestra patria y llega a Madrid después de la gloriosa hazaña de Pavía.

Al alzarse el telón y aún corridas las cortinas, un estudiante recita la loa, en la cual a la manera clásica saluda al concurso.

Dentro se escucha música de laudes y guitarras y una voz que canta:

Linda Filis el cerco
de amor no aguantes
si el cerco te lo ponen
los estudiantes
que son ladinos
y saben las sorpresas
y los caminos.

Otra voz varonil contesta:

Del estudiante niña,
no tengas miedo,
que tienes en los ojos
bravo remedio
si es atrevido.
Le miras, le mareas,
y está rendido.

Es agosto de 1525. Un mesón o venta a orillas del Henares, próximo a Alcalá. En mesas y grupos diversos, estudiantes, ayos, tutores, mozas, soldados, vendedores, arrieros y trajinantes.

Diálogos de los estudiantes, bromas y chanzas con la mesonera y en una de las mesas el oidor, el capitán y un adolescente que escucha las nuevas de Pavía.

«—¿Os hallasteis en Pavía, Capitán?

—Sí por fortuna, que si no alcancé como otros, botín ni rescates, ni aún mis pagas completas, bástame la gloria de haber peleado allá, con Pescara, ejemplo de bravos, junto a Leiva, espejo de caudillos; cerca del Basto, ante quien el suizo y el teutón son paja de las eras y por fin, rodeado de vascongados y guipuzcoanos y granadinos, y en suma, españoles dignos, de este altísimo dictado, que a la hora de ahora no lo hay más glorioso en el orbe...

—Así es la verdad...

—O si no, decid. ¿Es de todos los días deshacer en dos horas un terrible ejército mandado por dos reyes, media docena de príncipes y un manojo de lucidos señores y que todos ellos queden prisioneros o muertos? ¿Puede borrarse del majín el haber visto a un tan alto monarca como el francés, tender la espada a quien, después de tomalla en prenda de rendimiento, ríndese a su vez y pide a su prisionero las manos reales para besallas haciendo besamanos de corte entre los trompetazos, mosquetería, ayes de dolor y gritos de Santiago y España?».

Otros estudiantes hacen burla del Dómine Cabra que describe a sus presuntos pupilos, la mesa y el régimen de su casa.

«—¡Hacéos cargo de que en mi casa, que es de todos, parece que están de boda y que se vive en Canaan al filo del medio día y a la oración. Ya me ha mandado a decir el Claustro que no empapuce tanto a mis pupilos, que luego con los sentidos embotados desatinan...!

—Y así, en punto de las doce ¡oh hijos de Minerva! vuelcasé la olla po-drida, con sus requilorios más probados y recomendados y a la noche...».

No puede terminar la frase; un grupo de estudiantes le coje y entre mil zalemas y cantándole el Dies irae le mantean divertidamente.

La ternura nunca falta en los retablos: en el Antaño es la niña a quien robaron su cintillo de aljofar y aquí Maricuela, ve con pesar cómo se le escapa su palomo predilecto...

¡Hermana, hermana ven!
el tragaluz del sobrado
que siempre estuvo encajado
abierto agora le ví.
—¿Y por eso lloras di?

—¿Cómo no, si por allí
se fue el palomo pintado?
Cuando el tragaluz se abrió
por el tragaluz miré,
el instante aprovechó
mi palomo y se escapó.
¡Ay de mí!
sin palomo me quedé.
¿Me lo comerá el neblí?
Era mi palomo ¿estás?
el más hermoso y más listo palomo
palomo que nunca has visto
y ya no le veré más.
Tú que por el mundo vas
di
¿me lo comerá el neblí?
Vestido de tornasol
le atisbará en las riberas
del Henares placenteras,
peinando su pluma al sol.
Pésia a sus alas ligeras
me lo matará el neblí.
¡Ay de mí!
que a picar se acostumbró
de pichón en la mi mano
tan gentil y cortesano.
Jamás de mí se apartó
nunca mi voz desoyera
y hoy... por siempre le perdí
que en el azul se perdiera.
Consolarme no sabré
que ya sin él me quedé.
¡Ay de él si lo ve el neblí
y ay de mí...!

Los cortejos de monarcas y caballeros que recorren los caminos de Castilla y de España, tan frecuentes en nuestra historia, también encuentran en este retablo su lugar y su oportunidad.

Doña Isabel de Alarcón y Doña Sol de Guzmán van con su escolta camino de Alcalá desde Guadalfajara y al llegar a la venta, son los estudiantes, los que las rinden pleitesía y dan escolta a sus cabalgaduras.

La curiosidad y galantería de los estudiantes encuentran respuesta en las damas:

«—Los matriculados de Alcalá son vuestros esclavos, altas, nobles y magníficas señoras.

RODRIGÓN.—Usad comedimiento ante la heredera del señor Hernando de Alarcón que va con sus dueñas y doncellas de camino y bajo mi guarda.

—Dejadle, Rebolledo, que la salutación es discreta y estamos en Castilla, donde estudiante ha de significar caballero.

—Vos mandáis, señora...

—Soy en efecto, doña Isabel de Alarcón y venimos de Guadalfajara. Allí el Duque don Diego Hurtado de Mendoza ha alojado y agasajado en su palacio a Francisco I de Francia, que pasa a Madrid con Delanoy, mi padre D. Hernando, y otros para tratarse de paces con don Carlos nuestro Rey y Señor.

—Ya habrán sido fiestas, que Infantado, es grande en todo».

La descripción de la dama, pinta sugestivamente los saraos y torneos de la España de entonces...

«—Toros, cañas, torneos y aún peleas de leones africanos, que ponía espanto el mirarlos y desmayaba el oílos rugir. Uno de ellos arráncose a la jaula que lo aprisionaba y metiéndose entre el vulgo, espantólo en todas direcciones. Todo el concurso huyó por claustros y arcadas. Digo mal, todos no, que un caballero, sujetando con la siniestra mano a la fiera por las melenas y llevando en la diestra una antorcha encendida, que tomó de sus hierros, obligó a la leona a buscar emparo en la leonera.

—Brava hazaña, —exclama el estudiante.

—Tanto, que Francisco I estrechando la mano del caballero, díjole:— ¿Cómo no ha de vencer emperador que tiene tales vasallos en su reino?».

La mujer surge en Doña Sol con la intervención siguiente.

«—No olvidéis las músicas, danzas y saraos que para nosotras son de muy mayor atractivo, habiendo en Guadalfajara tanta y tan cumplida nobleza...».

Intencionado el estudiante dice:

«—Acaso del mucho recordallo lo calla.

—Atináis —responde Doña Sol—; que han quedado concertados las bodas de mi señora doña Isabel con don Pedro González de Mendoza, sobrino del Duque don Diego y en las escrituras ha signado el mismo rey francés».

Ruburosa doña Isabel interrumpe.

«—¿Os han encomendado las amonestaciones doña Sol? ¿que importa eso ahora?».

Sigue el discreteo entre damas y estudiantes y a las palabras enamoradas de aquéllos, responden las damas ingeniosamente iniciándose de nuevo el cortejo escoltado por los universitarios que gritan: «¡Plaza a la muy alta y her-

mosa señora doña Sol de Guzmán que va de camino bajo la guarda de la Universidad de Alcalá de Henares. Plaza! ».

Este cuadro lleno de vida y juventud pone término a la primera jornada. En la segunda, el Paraninfo de la Universidad aparece engalanado con guirnaldas y tapices; los estudiantes pasean en grupos; otros rodean al maestro que apoyado en alguna columna o en la pared, figura que está al poste, para responder a las preguntas y objeciones de sus alumnos.

Al intencionado y vivo diálogo estudiantil sucede una dramática escena. Beltrán entra perseguido por la multitud que grita: « ¡Muera el estudiante...! ».

A la pregunta del Maestro « ¿dónde váis? » contesta una voz: « —Tras un maldecido estudiante de cuyos hurtos y trapecerías está la villa harta ».

En esta escena cobra vida el fuero de la Universidad que ampara, porque es madre, al delincuente pero que reprende y castiga y aún reniega del hijo si a tanto llegara la culpa. El rector asegura que se hará justicia.

Vase el pueblo y llaman a claustro pleno...

Transcurren unos minutos y comienza a salir procesionalmente el Claustro bajo mazas con sus dignidades, doctores, bachilleres y estandartes, para recibir en el exterior al Rey de Francia.

Abrese de par en par la puerta del fondo y aparecen las primeras figuras de la comitiva de Francisco I a la que hace honores el Claustro.

Una pincelada de noble hidalguía rompe el silencio. Un estudiante pregunta a otro.

« —¿Quién es el rey vencido? »

—El solo caballero que lleva ceñida la espada.

—¿El que la lleva? »

—El que la lleva sí; ¿olvidáis que estamos en Castilla...? ».

Entretanto se ha acomodado el cortejo. El monarca francés ha ocupado el sitio para él prevenido. Dignidades, doctores, bachilleres, van asimismo a sus lugares respectivos. Llénanse las tribunas de curiosos e invitados y ante la expectación general, el rector de la Universidad se adelanta y después de saludar invita a un bachiller a improvisar un vejamen según el uso escolar.

Es el vejamen un compendio y resumen que hace el autor de todas las grandezas, y glorias del saber español.

En sus últimos versos saluda al monarca extranjero:

Vitor al primer Francisco
caballero, rey de Francia
a quien la Universidad
de Alcalá rinde sus parias.

Maceros, ante este rey
que es huésped del rey de España
y es el rey de la Sorbona
de París, que es nuestra hermana,
ante el trozo de la historia
que de esto hablará mañana...
Maceros bajad las mazas».

Finalmente se dirige a los estudiantes...

—De lengua desembargada
de cristiano corazón
y de juventud lozana
por que es madre y es maestra
y es nido, crisol y fábrica,
hermandad y semillero
ñudo entre ayer y mañana
ultra de que ella también
con todo su amor os ama.
¡Amad la Universidad!
—¡Sil
—Amadla siempre es sagrada.
Alma mater sacra vivat.
Vitor al Rey, Gloria a España.

Descúbrese el rey y su séquito. El estandarte de la Universidad se abate así como las banderas y guiones de la escolta del monarca y entre músicas, vítores y campanas cae el telón.

Fueron doña Isabel de Alarcón y doña Sol de Guzmán, María Infantado, entonces Marquesa de Laula y Josefina López de Ayala, hija del Conde de Cudillo, que sobre briosos corceles, recitaron sus diálogos cruzando el escenario del Teatro Real en fastuosa comitiva.

Cervera, del Arco y Manolo Comba —hijo del insigne pintor y dibujante español discípulo de Rosales, colaborador constante de la Ilustración Española y diseñador de los figurines de todos los retablos históricos, como hoy, su hijo, lo es también para el cine y el teatro— el oidor, el capitán, soldado en Pavía y el joven adolescente.

Luis Calvo Sotelo, hizo del Dómine Cabra, una verdadera creación del popular y satírico personaje.

La gentil mesonera encontró gracia y donaire en M.^a del Pilar Luca de Tena, Y el estudianté de la loa y del vejamen final fue Fernando Fresno, el insigne

dibujante y actor español. La pequeña Maricuela llorosa, que pena por su palomo perdido, la que esto escribe...

La música del Retablo fue también del Maestro Conrado del Campo, singularmente afortunado en las seguidillas madrileñas con que comienza la obra.

«El Cielo y Madrid se casan»

Para este retablo el autor parece haberse inspirado en la admirable decoración polícroma del arca sepulcral del Patrono de Madrid, obra representativa de principios del siglo xiv. «En el frontal y bajo ocho graciosísimas arcadas de estilo ojival, se hallan representados los principales hechos de la vida de San Isidro: ordenadamente se ofrecen a nuestra contemplación, la oración de los esposos, los bueyes solos en el campo, el amo y señor del Santo, Yvan de Vargas montado a caballo, el milagro de los ángeles arando, el de las palomas camino del molino (inmortalizado en los versos de Lope), el del molino que multiplicó la harina, y por último la acción de gracias de los esposos, y su caridad para con los mendigos».

Era el siglo en el que «el siervo fue convirtiéndose en vasallo y nacieron los hombres libres, no nobles; la propiedad comenzó a consolidarse y la Iglesia —ordenando y protegiendo a la sociedad— la salvó de sus anarquías, acercando opresores y oprimidos en las famosas constituciones que llevaron la paz a los reinos y dieron al pueblo importancia política, contrapesando la de los nobles y apoyando a los reyes en su gran obra de crear el estado moderno».

Hemos dejado para término de nuestro ensayo, este retablo madrileño por antonomasia, EL CIELO Y MADRID SE CASAN, escrito en honor de San Isidro Labrador, Patrón de la Villa, con ocasión del tercer centenario de su canonización, original, en una jornada, precedido de una loa y seguida de un homenaje en prosa y en verso.

La música de este retablo, estuvo encomendada asimismo al Maestro Conrado del Campo, nacido en Madrid y del cual en el seno del Instituto de Estudios Madrileños, hizo completa y cordial semblanza el ilustre escritor, Don Tomás Borrás.

Una loa en la que dialogan un Enviado del Cielo y la Villa de Madrid, ilustra al espectador sobre la grandeza y virtud de su hijo esclarecido y la tradición gloriosa de Madrid.

El Enviado del Cielo, profetiza:

Sí eres villa, serás corte;
si enemigos te acechasen
tus hijos heroicamente
los despidan y rechacen,
y si en tus calles entraren,
rindan la vida en tus calles
para asombro de los pueblos
y ejemplo de las edades;
todo el reino te contemple
como a su centro y su clave,
y, te confíe los hijos,
dándoles madre por madre,
pues tú los querrás más
que a los hijos de tu sangre,
por que de Madre a Madrid
poca diferencia sale,
Y por que nada en lo bueno
por el Labrador te falte,
la misma Madre de Dios
tus murallas salvaguarde,
y sean de la Almudena
espejo los Atochaes,
y cuando no haya murallas
que te circunden y amparen
por Isidro centinela,
cruz al brazo, vigilante,
por ti estará y por España
quien preserva las ciudades,
atalayando en la cumbre
de algún cerro, con los angeles.
Gloriosa, piadosa, heroica,
muy cortesana y afable,
legisladora, política,
rica en gracias populares.
Esa es tu buenaventura
por que a Isidro no olvidaste;
ésta es la herencia de Isidro
Labrador... ¡no la malgastes!

Terminada la loa, en escena es el amanecer junto al Jarama, en el camino de Madrid a Arganda. Campesinos con sus aperos se dirigen a sus hazas; mozas con sus cestos de ropa llegan al río. Lejos se oye la campana de una ermita; más cerca se percibe el tintineo de las esquilas del ganado y mientras

va haciéndose el día y la lejanía del horizonte se tiñe de arrebol, se oye una voz que canta:

La tierra de Juan de Vargas
es tierra limpia de cantos
en ella el trigo es de flor
y los que la siembran santos.

Diálogos de leñadores, pastores y cazadores, un pastor apunta en su envidia contra Isidro... ¡él también pensó en María!

«—Isidro, Isidro... tenéis esa tarabilla...

—Pues yo te digo que es más que hombre Isidro... Aquel su mirar... Aquel su hablar... Que nostramo Juan de Vargas, le tenga en tanta estima no es cosa de maravillarse. Sabe bien quien es Isidro. Isidro que abrió con la aguijada una fuente para que él bebiera...».

En este diálogo el autor introduce los versos inmortales de Lope que narran el milagro de las palomas en las famosas quintillas de su Isidro.

Llega Dominga, moza habladora que les confirma la noticia de la boda de Isidro. Honrada y cabal representa el tipo de la castellana orgullosa y digna.

Comentan la condición que el labrador puso a su amo para las bodas: «Que la moza fuera del mismo Madrid, como él y como los de su casta...».

El Leñador bromeando le pregunta a Dominga:

«—¿Y cómo no echaste tu memorial, así no fuera más que con los ojos...? ¿De dónde eres tu, Dominga?

—Yo no podía ser; no soy más que de Cuenca leñador. Y si es por encenderme la envidia, mal camino lleváis, que las mujeres de esta tierra no miran al que no es para ellas...».

Preguntas y respuestas intencionadas y burlonas tratan de zaherir al pastor despechado, en el momento de aparecer las figuras de Juan de Vargas y de su esposa Inés, que dan al retablo sabor de realidad vivida en las tierras que santificó Isidro con su arado.

Los amos preparan a sus criados para la ceremonia de las bodas y los prometidos hablan quedamente de su amor. Quizá sea ésta la escena más bella y también la más difícil de la obra.

No parece tarea fácil hacer hablar de amor humano a dos santos...

«—¿Eres dichoso mi Isidro?

—Dichoso sería si sólo hiciere en esto, como creo hacerlo, la voluntad de Dios, pero...

—Pero ¿que?

—Pero que la honrada afición que el mismo Dios, sin duda, puso en mi corazón María, me hace llegar a esta hora grande con el ánima soleada.

—No dices las cosas con el ruido de pasión que dicen que es uso; pero te creo Isidro.

—Digo lo que sé y como puedo... Las espigas granan y se abren, las flores nacen y embalsaman y nadie las oye, y las unas son provecho y las otras hermosura de las vegas...

—Pues yo también Isidro, también yo tengo el corazón coronado de espigas y florecido... Muy pronto por siempre juntos.

—Para el mayor servicio de Dios, como el Jarama y el Manzanares, que se hacen uno hasta la muerte en el mar...».

Ha amanecido plenamente. Acercánseles Juan de Vargas y su esposa. Llegan por todas partes gentes del campo en alegres grupos. Son portadores de espléndidos regalos; corderos, orzas de miel, cestos de frutas, de huevos...

Se saborea un ambiente de compenetración cordial entre amos y criados tan de aquel siglo, en los hogares castellanos.

María da la mano a Juan de Vargas e Isidro, a la esposa del amo, a Inés, e inician el cortejo hacia la ermita.

La escena que sigue a la ceremonia describe las fiestas de rigor con las que se celebran las bodas. Ramírez, vencedor en Italia de Zulema, llega en estos momentos y cuenta la victoria de las armas españolas.

A la pregunta de su pariente Juan de Vargas: ¿Conque a Zulema has vencido?, contesta el capitán:

Pues eso solo faltara.
Soy madrileño, D. Juan,
como estos que me acompañan,
es Alfonso nuestro rey,
pídenlo el nombre y la raza.
Si los reyes y los condes
más poderosos de España
hoy, a la voz de Castilla
emperatrices, se abajan,
¿iba a resistir Zulema
el empuje de mis armas?
Tinta en sangre del Henares
con los muertos, queda el agua;
nubla el cielo de Alcalá
el humo de la venganza
que no he dejado una miés
sin incendiar... ¡ni una mata!
y su embajada arrogante
es hoy humilde embajada.

Cristo ha sido el triunfador
de la agarena arrogancia.
El esfuerzo es de los hombres
la victoria, está más alta...

Al alborozo de la buena nueva que trae el soldado, los gritos de una mujer tiñen el aire de inquietud.

«—¡Válgame nuestra Señora de Atocha... Mi hijo!».

Aquí el autor del retablo escenifica el conocido milagro del Patrón de Madrid, que con su oración devuelve a la madre el hijo caído al fondo del pozo.

Isidro en oración tiene carismas de taumaturgo cuando implora:

«—Señor Dios: por la fe desta infelice, si es tu voluntad, tórnale el hijo que llora...». Todos de rodillas esperan en silencio, prendidos en una gran emoción...

«—Señor Dios (implora de nuevo el Santo) desta infortunada, por la fe, si es tu voluntad, tórnale el hijo...».

Un grito alborozado del hijo que llama a la madre, ¡Madre!, surge del brocal donde el niño aparece como empujado por una fuerza misteriosa y un clamor de milagro llena el escenario mientras baja el telón rápidamente.

Una apoteosis final cierra el retablo. Pontífices, reyes, reinas, poetas, políticos, músicos, regidores de villa, nobles y plebeyos, todos con una significación histórica, figuran con los protagonistas en este cuadro en el que solo dialogan La Villa de Madrid y Santa María de la Cabeza, que en fáciles versos cantan las alabanzas del Patrón que desde el solio acepta las flores que le ofrece su esposa.

En los versos finales, María de la Cabeza, habla así:

Madrid, el agasajo
con que me brindas
te agradezco en el fondo
del alma mía,
pero allí dentro,
mi Isidro le recoge
por que es su dueño.
Y estas flores nacidas
donde él araba
festón del Manzanares
prez del Jarama, sean ornato
de la esteva de Isidro,
mi bien amado...

Y al ponerlas en manos del esposo...

Y tú Isidro, al tomarlas
de mí no cures
son de Madrid ofrenda
por tus virtudes.
Y su aroma campestre
como un incienso,
que en ti Isidro, se ajuntan
Madrid y el Cielo.

Como han podido advertir en todos sus retablos, Víctor Espinós, respeta el dato histórico y sus personajes hablan el lenguaje de su época, concreto y vivo; sin interpretar sus reacciones o sugerir consecuencias o antecedentes. La historia no se engalana con fantasías más o menos probables, sino que se proyecta tal como se produjo conforme a sus principios fundamentales de fe, tradición y destino.

Por estas razones, sus protagonistas, como señalaba con gran acierto nuestro compañero de Instituto, D. Luis Araújo Costa en su magnífico trabajo «La Figura de Espinós», publicado en la revista de Educación Nacional en el año 49, hablan sí a la clásica manera de Fray Luis, de Lope, Moreto y Calderón.

Y los misterios, el teatro de la Edad Media y los autos sacramentales, con su nervio teológico, reviven en el «*Antaño o un Corpus viejo en Madrid*» en *El Molino del Misterio* y otros, eucarísticos y sublimes. De ellos decía textualmente el ilustre compañero citado y con ello damos fin a nuestro trabajo.

«Por su respeto y adhesión al espíritu tradicional y a la historia; por su corte a un mismo tiempo aristocrático y popular, como cuadra a la vida española, por su alcance más allá de la literatura en las anotaciones musicales de ilustres maestros, por el donaire de su composición, por la gracia de sus recursos escénicos; por la amenidad del diálogo y la honda raigambre en el pasado religioso y en las grandezas de nuestra patria, los retablos de Espinós traen siempre a nuestro espíritu enseñanza y deleite.

Los Retablos mostraban a Espinós tal como él era: católico, amante de las bellas letras, ingenio sutil, ameno, directo, fulgurante en las irisaciones de valenciana luz. Ha bebido Espinós el néctar de Grecia en las odres anacreónticas, con el metro de Ronsard y D. Esteban Manuel de Villegas; ha incorporado a la limpidez de Fray Luis en la Flecha los conceptos platónicos de la Oda a Salinas y el tono austero del reformador agustiniano; ha cabalgado entre dalmáticas y tabardos fernandinos al sol de Granada en la con-

quista y al torrente luminoso de Italia en las victorias del Gran Capitán; ha correteado como un muchacho travieso en Salamanca, a orillas del Tormes, para oír el Decíamos Ayer... del poeta de la Profecía del Tajo, y ha preferido en esto a la leyenda, la historia; y a la luz de la historia viven en los retablos de Víctor Espinós, reyes, príncipes, sabios, santos, monjes, damas virtuosas, estudiantes, aristócratas y plebeyos de España, en cuyos pechos brilla la fe y cuyas frentes van iluminadas por Salamanca y Alcalá de Henares...».